

AMOR QUE FLORECE

(Viene de la página 13)

—Para mí, en cambio, no era suficiente la libertad ... yo necesitaba recibir una sonrisa tuya; fué en lo primero que pensé, en esa sonrisa, y en tus manos extendidos hacia mí.

Mientras hablaba, Carlos se había acercado a Clarita hasta tocarla.

—¡No me toques!

Carlos retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

Clara trató de dulcificar su voz.

—Creéme que me da mucha alegría que se haya puesto en claro tu inocencia —le dijo—, también que nunca he dudado de ti. Yo estaba segura de que tu inocencia se comprobaría. Ya ves cómo ocurrió así ... bien puedes darle las gracias a esa joven.

—¿A Carmen?

—Sí, a Carmen —contestó Clara—. Se ha portado contigo muy noblemente. No ha tenido inconveniente en declarar que estaba sola contigo, en tu habitación, mientras el crimen se cometía.

—¿Pero qué estás diciendo, Clarita?

—¿No es verdad? Esa muchacha ha estado admirable al confesar públicamente esas horas de soledad contigo. Ha dado su reputación a cambio de la tuya.

—¡Te equivocas! No hay motivo para que el buen nombre de Carmen quede en entredicho.

—Esas ya son intimidades en las que yo no debo ni quiero meterme. Ella es una muchacha decente. Cuando renuncia a su prestigio por salvarte es que tendrá una razón.

La voz de Clara temblaba ligeramente.

—Escúchame, Clara —suplicó Carlos—, ¿No hubieras tú hecho el mismo sacrificio por salvarme?

—Si era verdad que yo había estado contigo en tu habitación, ¿por qué había de negarlo? ¿No es verdad que ella estaba allí?

—Sí —admitió Carlos.

—Entonces ha cumplido con su deber. Yo hubiera hecho lo mismo. Pero lo que no era deber tuyo, es lo que hiciste.

—¿Qué hice?

—Traicionar a esa muchacha haciéndome a mí declaraciones de amor. Jurarme que me querías mientras te veías con Carmen a escondidas. ¡Eso fué faltar a tu deber, Carlos!

—Pero déjame que te expli-

—Te he dicho ya que no quiero saber detalles. ¿No confiesas que estuvo en tu habitación? ¿No lo ha dicho ella misma? Pues ya es bastante. Aparte de eso, creeme que me alegro que hayas salido con bien de este asunto. Nunca dejaré de ser buena amiga tuya —terminó, tendiéndole la mano a Carlos.

Pero Carlos no la estrechó en la suya.

—No, Clarita, no quiero tu amistad así.

—Pues no esperes que signifique nunca otra cosa. Afortunadamente jamás he pasado de esa amistad en mis relaciones contigo. Ahora mucho menos. Esa muchacha no merece una mala acción.

—¿Te niegas a que te explique el motivo de su visita a mi casa? —insistió Carlos.

—Me niego a oír una palabra más sobre el asunto.

—Está bien, Clarita. No creí que pudieras ser tan intransigente.

—Al llegar ciertos momentos, Carlos —dijo Clara con un dejo de amargura—, no hay mujeres superiores ni distintas a las otras, y menos podría serlo yo... ¿no es mi historia la más vulgar de todas las historias? ¿Qué puedo yo exigir, y con qué títulos?

—No digas más, Clarita, por favor —suplicó Carlos— buscaré otra manera.

La mirada interrogadora de Clara quedó sin respuesta. Carlos comprendía que era inútil hablar más en aquel momento.

Había otra manera, en efecto, de que la verdad llegara a Clara, y ella tuviera que escucharla, y creerla. Carlos fué en busca de la sobrina del cacique.

Carmen recibió al escribiente con evidentes muestras de alegría. Que Carlos fuera a la casa del cacique, sobre todo en los últimos tiempos y sin ser llamado, era realmente inusitado.

Coqueta, melindrosa, Carmen extendió ambas manos al recién llegado.

—¿A qué se debe este milagro?

La pregunta hecha por la muchacha la subrayaban sus ojos, que clavaba en los de Carlos, mientras sus manos conservaban prisioneras las de él.

No era fea la sobrina del presidente municipal. Su piel era de un limpio color apiñonado, expresivos los ojos de largas pestañas y ligeramente curvada la pequeña nariz. Sus labios, en cambio, eran demasiado delga-

